

OBRAS DE

SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

JAIME CLARK

LA TEMPESTAD

LA NOCHE DE REYES

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

Calle del Rubio, núm 23

LA TEMPESTAD.

PERSONAJES.

ALONSO, *rey de Nápoles.*

SEBASTIAN, *su hermano.*

PRÓSPERO, *duque legítimo de Milan.*

ANTONIO, *su hermano, duque usurpador de Milan.*

FERNANDO, *hijo del rey de Nápoles.*

GONZALO, *viejo consejero honrado.*

FRANCISCO, } *nobles.*

ADRIAN, }

CALIBAN, *esclavo salvaje y deforme.*

TRÍNCULO, *juglar.*

ESTÉBAN, *despensero borracho.*

UN PATRON DE BUQUE.

UN CONTRAMAESTRE.

MARINEROS.

MIRANDA, *hija de Próspero.*

ARIEL, *un espíritu aéreo.*

IRIS,

CÉRES,

JUNO,

NINFAS,

SEGADORES,

Otros espíritus que sirven á Próspero.

ESCENA: un buque en alta mar; una isla.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

A bordo de un buque en alta mar. Tormenta con truenos y relámpagos.

Salen un PATRON DE BUQUE y un CONTRAMAESTRE.

PAT. ¡Contramaestre!

CONT. A la orden, mi capitan. ¿Qué hay?

PAT. Bien. Hablad á los marineros. ¡Que se muevan! ¡Listos! ó vamos á barar. ¡Moveos! ¡moveos! (Váse.)

Salen MARINEROS.

CONT. ¡Hola, muchachos! ¡ánimo! ¡ánimo! ¡moveos! ¡Aferrad esa gavia! ¡Atencion á la bocina del capitan! ¡Anda, sopla tú hasta que reventes, si hay lugar bastante!

Salen ALONSO, SEBASTIAN, ANTONIO, FERNANDO, GONZALO y otros.

ALON. ¡Buen contramaestre, ten cuidado! ¿Dónde está el patron? Animad á la chusma.

CONT. Os ruego que os quedeis abajo.

ANT. ¡Contramaestre, dónde está el patron?

CONT. ¡No le oís? No nos dejais trabajar; quedaos en vuestros camarotes. Ayudais á la tempestad.

GON. Amigo, cálmate.

CONT. Cuando se calme el mar. ¡Largo! ¡largo! ¡Qué les importa á estas rugientes olas el título de rey? ¡Al camarote! ¡Silencio! No nos molesteis.

GON. Bien está; pero acuérdate de quien llevas á bordo.

CONT. Nadie á quien quiera más que á mí mismo. Sois consejero: si podeis hacer que callen estos elementos y que se restablezca la paz en el acto, no volveremos á tocar una cuerda; emplead vuestra autoridad; y si no, dad gracias á Dios por haber vivido tantos años, y preparaos en vuestro camarote para vuestra última hora, por si acaso sonare.—¡Vivos, muchachos!—Os digo que os quiteis de en medio. (Váase.)

GON. Me sirve de gran consuelo este bellaco. No tiene traza de morir ahogado: su cara está pidiendo un patíbulo. Hado benigno, no cejes en tu propósito de llevarle á la horca; sea la soga de su destino nuestra amarra, pues la que tenemos ahora poco nos aprovecha. Si no nació para ser ahorcado, mala suerte nos espera. (Vánse.)

Vuelve á salir el CONTRAMAESTRE.

CONT. ¡Abajo con el mastelero! ¡vivos! ¡arriad! ¡arriad! Dejadla capear con la vela mayor. (Se oyen gritos dentro.) ¡Al diablo con sus gritos! Chillan más que las olas ó nuestro oficio.

Vuelven á salir SEBASTIAN, ANTONIO y GONZALO.

¿Otra vez? ¿Qué falta haceis aquí? ¿Quereis que nos crucemos de brazos y nos vayamos á fondo? ¿Teneis ganas de sumergiros?

SEB. ¡Malhaya tu lengua, perro maldiciente, blasfemo y descastado!

CONT. Pues manejad vosotros la nave.

ANT. ¡Que te ahorquen, perro! ¡Habrás visto tunante deslenguado y sin vergüenza! Menos miedo tenemos á morir ahogado que tú.

GON. Yo respondo de que no se ahogará, aunque la nave no fuera más recia que una cáscara de nuez, y tan agujereada como una ramera.

CONT. ¡Ceñidla al viento, al viento! ¡Largad los papahigos! ¡tomad el largo! ¡Largo!

Salen algunos MARINEROS mojados.

MAR. ¡Ya todo se perdió! ¡venid, recemos!

CONT. ¡Pues qué! ¿ya es fuerza echarnos á remojo?

GON. El príncipe y el rey están rezando.

Vamos á hacer lo mismo, que en apuro Igual nos vemos.

SEB. ¡Loco estoy!

ANT. Las vidas

Vilmente unos borrachos nos estafan.

Este bellaco infame, maldiciente...

¡Pluguiera á Dios que ahogándote estuvieras Durante diez mareas!

GON. Todavía

Tendrán que ahorcarle, y aunque en contra [voten

Las olas todas, y abra el mar su seno

Ansioso de engullirle.

(Ruido y voces dentro.) «¡Dios me valga!

¡La nave se hunde! ¡Adios, mujer é hijos!

¡Hermano, adios! ¡La nave se abre, se hunde!»

ANT. A sumergirnos con el rey volemos.

SEB. A despedirnos de él corramos todos.

(Váanse Antonio y Sebastian.)

GON. Diera en este instante cien estadios de mar por una fanega de tierra árida, altos matorra-

les, parda enhiesta, cualquier cosa. ¡Hágase la voluntad de allá arriba! aunque de buena gana feneciera de muerte enjuta. (Váase.)

ESCENA II.

La isla: delante de la celda de Próspero.

Salen PRÓSPERO y MIRANDA.

MIR. Si el mágico poder de tus encantos
Turbó las fieras olas de esta suerte,
Padre querido, su furor aplaca.
Al parecer, lloviera el cielo azufre,
Si el mar, subiendo al alto firmamento,
El fuego no apagara. ¡Ay! ¡he sufrido
Con los que vi sufrir! Quedó deshecha
Gallarda nave, á cuyo bordo irian,
Sin duda, nobles séres. Sus gemidos
Al alma me llegaron. ¡Ay, los pobres
Se hundieron todos! Si en aquel instante
Hubiese sido algun potente númen,
Hubiera hundido el mar en el abismo,
Antes que permitir que se tragase
Crudo á la noble nave y á las almas
Que iban en ella.

PRÓS. ¡Calma! no te espantes,
Y á tu piadoso corazon sosiega,
Diciéndole que no hubo daño alguno.

MIR. ¡Hora desventurada!

PRÓS. No hubo daño.
Nada hice que no fuera en tu provecho;
Tu bien procuro sólo, mi hija amada,
Que ignoras aún quién eres, no sabiendo
De dónde soy, ni quién, ni que en el mundo
Fuí algo más que Próspero, tu padre,
Y humilde dueño de esta pobre celda.

MIR. Ni nunca se afaná mi pensamiento
Por saber más.

PRÓS. Es tiempo que te instruya,
Y sepas algo más. La mano extiende:
Quítame el manto mágico del hombro.

Bien. (Le quita el manto.)

Yace allí mi talisman. Tú, el llanto,
Mi bien, enjuga, y da consuelo al alma.
De aquel naufragio el horrible espectáculo,
Que te llenó de lástima tan grande,
Dispuso mi arte con prudencia tanta,
Con tal cautela, que ni un alma sola...
¡Qué digo! ni la pérdida de un pelo
Sufrió criatura alguna que en la nave
Con grito horrendo sumergirse viste.
Mas siéntate y escucha, que es forzoso
Que sepas más.

MIR. Quién soy á referirme
Mil veces comenzaste, y de repente
La plática cortando, me dejaste
Sumida en vana duda, concluyendo:
«Espera, aún no.»

PRÓS. Pues ya llegó el instante;
Y él mismo exige que el oído aguces.
Obedécele, pues, y escucha atenta.
¿Te acuerdas por ventura de otro tiempo,
Antes de trasladarnos á esta celda?
Creo que nó, pues por aquel entónces
Tres años no contabas.

MIR. Bien me acuerdo.

PRÓS. ¿Por qué? ¿por otras cosas? ¿otros rostros?
Hazme la descripción de cosa alguna
Que en la memoria te quedó grabada.

MIR. Es cosa muy remota, y más parece
Sueño que realidad lo que atestigua
Confusa mi memoria. ¿A mi servicio
No tuve un tiempo cinco ó seis doncellas?

PRÓS. Sí tal, y aún más, Miranda. ¿Cómo es eso

Que aún vive aquel recuerdo en tu memoria?
 ¿Qué más descubres en el fondo oscuro
 Y abismo de los tiempos? Fácil fuera,
 Ya que te acuerdas de hechos anteriores
 A tu llegada aquí, que te acordases
 También de tu llegada.

MIR. No me acuerdo.

PRÓS. Diez años hace que tu padre duque
 Era, Miranda, de Milan; diez años
 Que poderoso príncipe aún era.

MIR. ¿Pues no eres tú mi padre?

PRÓS. Lo afirmaba
 Tu madre, que era espejo de virtudes.
 Y duque de Milan era tu padre,
 Y tú princesa, su única heredera,
 No de más baja estirpe.

MIR. ¡Cielo santo!
 ¿Qué mala fe nos apartó del trono?
 ¿O fué por nuestra dicha?

PRÓS. Entrambas cosas.
 La mala fe nos desterró, cual dices,
 Y nuestra buena dicha aquí nos trajo.

MIR. ¡Cuán honda pena me traspasa el pecho,
 Pensando en el pesar que te daría,
 Del cual ya no me acuerdo! Mas prosigue.

PRÓS. Mi hermano, y tío tuyo, quien por nombre
 Tenía Antonio (que esto adviertas quiero),
 ¡Que pudo ser tan pérfido un hermano!
 El hombre á quien, despues de ti, mi prenda,
 Amaba como á nadie en este mundo,
 A quien fié las riendas del Estado,
 Que era entre todos el primero entónces,
 Y Próspero la flor de nobles duques,
 Por su alta dignidad por tal tenido,
 Y porque fué en las artes liberales
 Sin par. En éstas ocupado siempre,
 Dejé el gobierno en manos de mi hermano,
 Llegando á ser extraño á mis dominios;

En tal arrobamiento me tenia
Sumido mi hondo afan. Tu falso tio...
¿Atiendes?

MIR. Padre, con cuidado sumo.

PRÓS. Una vez adiestrado en el secreto
De conceder y de negar favores,
Y cuando supo á quién premiar conviene,
A quién podar como precoz retoño,
Creó de nuevo á las hechuras mias,
Logró trocarlas, digo, ó reformarlas.
Teniendo de empléados y de empleos
La llave en su poder, templó las cuerdas,
Los corazones todos del Estado,
A gusto y á capricho de su oido;
Y de esta suerte vino á ser la hiedra
Que asida á mi ducal excelso tronco
Robóme mi verdor y lozanía...
Mas no me atiendes.

MIR. Sí, te atiendo, padre.

PRÓS. Te ruego que me escuches. De esta suerte
Yo descuidando mis mundanos fines,
Entregado al retiro, y ocupado
En adiestrar mi mente con estudios
Que, á no ser tan secretos, excedieran
A todo aplauso popular, incauto
Dejé brotar en el infame pecho
Del falso hermano inclinacion perversa :
Mi confianza, como tierno padre,
Engaño engendró en él, por otro extremo
Tan grande como fué mi confianza ;
La cual, por cierto, término no tuvo,
Era una fe sin limite. Ya dueño,
No sólo del producto de mis rentas,
Sino tambien de cuanto competia
A mi alto rango, como mentiroso
Que logra hacer pecar á su memoria
Hasta el punto de creer en la mentira
A fuerza de contarla, imaginóse

Ser en verdad el duque; tanto pudo
 El sustituirle y ejercer del mando
 Los cargos exteriores, revestido
 De todos sus derechos y atributos.

De aquí, creciendo su ambicion... ¿Me escuchas?

MIR. Curara tu relato la sordera.

PRÓS. Por no sufrir entre el papel que hacia,
 Y aquel por quién lo hacia traba alguna,
 Dueño absoluto de Milan por fuerza
 Aspira á ser. A mí, pobre recluso,
 (Me era mi biblioteca ancho Ducado)
 Juzga incapaz de temporal gobierno;
 Se une (de mando tan sediento estaba)
 Con el señor de Nápoles, pagando
 Tributo anual, rindiéndole homenaje,
 A su corona régia sometiendo
 La corona ducal, y á innoble yugo
 ¡Oh, mísera Milan! tu altiva frente
 Aleve doblegando.

MIR. ¡Dios piadoso!

PRÓS. Atiende al pacto, y oye el fin que tuvo;
 Y di si pudo ser hermano mio.

MIR. Padre, si no pensara noblemente
 De la que el sér te dió, fuera culpable.
 Suelen nacer tal vez de honrados senos
 Infames hijos.

PRÓS. El convenio escucha.
 Siendo enemigo inveterado mio
 De Nápoles el rey, oido presta
 Al ruego de mi hermano, quien pedia
 Que en premio de su oferta de homenaje,
 Y no sé qué tributo, me arrojara
 De mis Estados junto con los míos,
 Y que á Milan la bella diera en feudo
 Con todos sus honores á mi hermano.
 Sellado el pacto, y reclutado en breve
 Traidora hueste, en hora malhadada
 De una noche propicia á tal designio,

Para hacer frente á males venideros.

MIR. ¿Y cómo fué llegar de nuevo á tierra?

PRÓS. Por voluntad divina. Con nosotros
Llevábamos sustento y agua dulce
Que un hidalgo de Nápoles, Gonzalo,
Nombrado jefe de este ardid entónces,
Por caridad nos dió, con ricos trajes,
Lienzo, telas, y en fin, lo necesario,
Que fueron luego de provecho sumo.
Tambien me procuró su gentileza,
Sabiendo que era amante de mis libros,
Sacadas de mi misma biblioteca
Obras que estimo en más que mi Ducado.

MIR. ¡Fuera feliz con sólo verle el rostro!

PRÓS. Me elevo ahora. (Se vuelve á poner el manto.)
Quieta tú, y escucha

El fin de nuestro viaje proceloso.
Llegamos á esta isla, donde hiciste
Conmigo, tu tutor, más adelanto
Que otras princesas que más tiempo tienen
Para la holganza, y ayos ménos fieles.

MIR. El cielo te lo premie. Y dime ahora
(Pues bulle aún en mi mente) ¿con qué objeto
La tempestad sañuda provocaste?

PRÓS. Oye esto más. Por un suceso extraño,
La amiga suerte, que ahora me sonríe,
Trajo á mis enemigos á esta playa;
Y mi presciencia me revela claro
Que pende mi cenit en este instante
De un astro muy propicio, cuyo influjo
Es fuerza aprovechar, pues de otra suerte
Se hundiera para siempre mi fortuna.
No me hagas más preguntas. Tienes sueño:
Propicia es tu pereza; cede á ella.
Que no podrás por ménos sé; pues duerme.

(Miranda queda dormida.)

¡A mí, mi siervo! ven; estoy dispuesto.
¡Acude pronto, Ariel, mi Ariel, acude!

Sale ARIEL.

ARI. ¡Salve, maëstro egregio! ¡oh, sabio, salve!

A ejecutar tus órdenes acudo,
Sea volar, nadar, ó sumergirme
En ígneas ondas, ó correr montado
En crespas nubes; con tu voz potente
Dispon de Ariel y de sus fuerzas todas.

PRÓS. Espíritu, ¿cumpliste mi mandato
Tocante á la tormenta con esmero?

ARI. Punto por punto en todos sus detalles.

Raudo abordé del rey la noble nao,
Y ya en el espolon, y ya en los combes,
Ya en la cubierta, en cada camarote,
Sembré terror en ráfagas de fuego:
Me dividia ardiendo en muchos puntos;
En cofas, gavias y bauprés ardía,
Y luego me juntaba en una llama.
De Júpiter los rayos precursores
De horrenda voz de estrepitoso trueno
No eran tan momentáneos, ni á los ojos
Fugaces tanto; el fuego, los crujidos
De sulfuroso estruendo parecían
Sitiar hasta el poder del gran Neptuno,
Haciendo estremecer sus bravas olas,
Sí, y áun temblar su destructor tridente.

PRÓS. ¡Mi espíritu animoso! ¿Quién tan firme,
Quién tan constante fué, que presenciara
Tal alboroto con razon serena?

ARI. No hubo ni un alma sola que la fiebre
Del loco no sintiese, dando indicios
De desesperacion. Todos, excepto
Los marineros, locos se arrojaron
Al espumante mar, dejando el buque,
En llamas ya por mí. Fernando, el hijo
Del rey, con erizado pelo—juncos
Entónces más que pelos parecían—
Fué quien primero se arrojó gritando:

«Quedó el infierno sin demonios; todos
Están aquí.»

PRÓS. ¡Espíritu del alma!
¿Mas todo ha sido cerca de la orilla?

ARI. Tocándola, maëstro.

PRÓS. ¿Y quedan saivos?

ARI. Ni un pelo pereció; ni leve mancha
Se advierte en sus vestidos, que parecen
Más nuevos que ántes. Como tú mandaste,
En grupos dispersélos por la isla.
Al príncipe yo mismo traje á tierra:
En árido rincón quedó sentado,
El aire refrescando con suspiros,
Cruzado así de brazos tristemente.

PRÓS. ¿Qué hiciste, dime, de la régia nave,
Qué de los tripulantes, y de todo
El resto de la escuadra?

ARI. Está segura
La régia nave en la abrigada cala
Donde me despertaste á media noche
Para traërte cierta vez rocío
De las Bermudas, siempre combatidas;
Bajo cubierta los marinos todos;
Donde por medio de un encanto mio,
A más de las fatigas que pasaron,
Durmiendo los dejé. Y en cuanto al resto
Que dispersé de la pujante escuadra,
Volvieron á juntarse y todos flotan
Sobre el Mediterráneo: ya navegan
Con triste rumbo á Nápoles, creyendo
Que vieron naufragar la régia nave,
Y perecer del rey la alta persona.

PRÓS. Cumpliste bien mi encargo, Ariel. Con todo,
Más queda por hacer. ¿Qué hora es del día?

ARI. Pasó del medio ya.

PRÓS. Una hora al ménos.
El tiempo que hay de aquí á las seis es fuerza
Que utilicemos con provecho sumo.

ARI. ¿Hay más que hacer? Ya que me das fatiga,
Deja que te recuerde tu promesa
Que aún no cumpliste.

PRÓS. ¿Regañon, qué es esto?
¿Adusto estás? ¿Qué puedes tú pedirme?

ARI. Mi libertad.

PRÓS. ¿Cómo! ¿antes que se cumpla
El plazo estipulado? ¡Calla!

ARI. Piensa
Cuán útiles servicios te he prestado:
Nunca culpable fui de engaño ó yerro;
Sin murmurar, sin queja te he servido.
Tú un año de perdon me prometiste.

PRÓS. ¿Y olvidas de cuán bárbaro tormento
Te liberté?

ARI. Jamás.

PRÓS. Sí tal: te espanta
Hollar del mar salado el hondo limo,
Correr en alas de aquilon sañudo,
Dar cima á mis trabajos en las vetas
De la tierra, aterida por el hielo.

ARI. No tal, maëstro.

PRÓS. Mientes, sér maligno.
¿Has olvidado á Sícorax, la torpe
Maldita bruja, á quien edad y envidia
Pusieron hecha un aro? ¿La olvidaste?

ARI. No, á fe.

PRÓS. Sí, á fe. ¿Dónde nació? Responde.

ARI. En Argelia, señor.

PRÓS. ¿Conque en Argelia?
De mes en mes es fuerza que te cuente
Quién eres, pues lo olvidas. Esa bruja,
La Sícorax maldita, como sabes,
De Argel fué desterrada por ofensas
Y encantamentos por demas horribles
Para que las escuche humano oido.
Por una cosa que hizo se abstuvieron
De quitarle la vida. ¿Es cierto?

ARI. Cierto.

PRÓS. A aquella bruja de celestes ojos
 En cinta aquí trajeron; los marinos
 Aquí la abandonaron. Tú, mi esclavo,
 (Por tal te das) entónces la servias;
 Mas cuando tú, espíritu muy noble
 Para cumplir sus órdenes sensuales
 Y aborrecibles, rehusaste terco
 Tomar en sus empresas parte alguna,
 Te confinó, merced á los auxilios
 De sus más poderosos instrumentos,
 Y en el furor de su indomable saña,
 De añoso pino en el hendido tronco:
 En cuya raja preso te quedaste,
 Tormento atroz sufriendo, doce años.
 Murió entre tanto, y te dejó cautivo
 Allá en tu triste cárcel, do exhalabas
 Suspiros incesantes como golpes
 De ruedas de molino. Humana forma
 No honraba esta isla entónces, salvo el hijo,
 Pecosos monstruo que cual vil cachorro
 Aquí parió.

ARI. Sí, Caliban, su prole.

PRÓS. ¿No lo oyes, torpe? Caliban, que ahora
 A mí me sirve. Como nadie sabes
 En qué tormento te encontré: tus voces
 Aullar al lobo hacian, traspasaban
 Del oso siempre fiero el pecho airado:
 Era un tormento propio del infierno,
 Que Sícórax en vano se esforzara
 A desligar de nuevo. Fué mi arte,
 Cuando llegué y oí tus tristes voces,
 La que mandó que bostezase el pino
 Y te soltase.

ARI. Lo agradezco, oh sabio.

PRÓS. Si refunfuñas más, hendiendo un roble,
 Sabré clavarte en su nudoso tronco
 Hasta pasar gimiendo doce inviernos.

ARI. Perdon te pido: fiel á tus mandatos,
Prometo ejecutar mi cometido
Alegre y dócil.

PRÓS. Hazlo, y en dos dias
Libre te dejaré.

ARI. ¡Mi noble amo!

¡Qué quieres que haga? di, ¿qué quieres que haga?

PRÓS. Al punto vé; conviértete en sirena:

Que no te reconozca vista alguna

Salvo la tuya y mia: sé invisible

A todas las demas. Tal forma toma,

Y en ella vuelve aquí. Vé con premura.

(Váse Ariel.)

Despierta, prenda amada. Bien dormiste.

Despierta. (A Miranda.)

MIR. La extrañeza del relato

Me dió sopor.

PRÓS. Sacúdelo, y en marcha:

A ver á Caliban, mi esclavo, iremos,

Quien no nos da jamás gentil respuesta.

MIR. Es un villano, padre, cuya vista

Me causa horror.

PRÓS. Mas como están las cosas,

Nos hace falta: nos enciende el fuego;

Sale á traernos leña; en mil quehaceres

Nos sirve con provecho.—¡Esclavo! ¡hola!

¡Ah! ¡Caliban! ¡Responde, vil gusano!

CAL. (Dentro.) En casa sobra leña.

PRÓS. Sal, te digo.

Te he menester en otro asunto. ¿Vienes?

Tortuga, sal.

Sale ARIEL en forma de sirena.

¡Aparicion hermosa!

¡Mi lindo Ariel! Escúchame en secreto.

ARI. Se hará, señor. (Váse.)

PRÓS. ¡Tú, ponzoñoso esclavo,

Engendro vil del mismo diablo, habido
En tu maligna madre, sal, perverso!

Sale CALIBAN.

CAL. ¡Rocío tan fatal como el que nunca
Pudo espumar con pluma de vil grajo
Mi madre de palustre infecta linfa
Sobre ambos llueva! ¡El vendabal azote,
Y cubra de apostemas vuestros miembros!

PRÓS. Por eso, no lo dudes, esta noche
Te haré sufrir calambres y punzadas
Que ahogarán tu aliento; con sus púas
Se cebarán erizos en tus carnes
Durante el largo espacio de la noche
Mientras moverse puedan. De tu cuerpo
Harán panal, y cada picadura
Punzante más que abeja que lo hiciere.

CAL. Dejad que coma al ménos. Esta isla
Que me arrebatas, mía es por mi madre.
Cuando por vez primera aquí viniste,
Me acariciabas, me tuviste en mucho,
Y agua con bayas á beber me dabas.
Del astro grande y del menor que brillan
De día y noche me enseñaste el nombre.
Amor te tuve entónces, y sumiso
Te revelé las propiedades todas
De nuestro suelo, sus salobres pozos.
Sus frescas fuentes, lo árido, lo fértil.
¡Maldito sea, nunca tal hiciera!
Sobre vosotros los hechizos todos
De Sícórax se abatan, alacranes,
Murciélagos y sapos! Pues no tienes
Más súbditos que yo, yo que ántes era
Monarca de mí mismo. En dura roca
Me encierras, como cerdo en su zahurda,
Mientras me vedas lo demas del suelo.
PRÓS. Esclavo mentiroso, á quien los golpes

Podrán mover, no la bondad; te tuve,
 Vil fango que eres, en mi propia celda,
 Dándote humano trato, hasta que aleve
 Violar quisiste la honra de mi hija.

CAL. ¡Ya! ¡Y ojalá lo hiciera! Lo impediste;
 Poblara de otra suerte la isla toda
 De Calibanes.

PRÓS. ¡Vil, odioso esclavo!
 En quien el bien no deja mella alguna,
 Siendo capaz de todo mal; te tuve
 Lástima, y por piedad quise afanarme
 En enseñarte á hablar, y á todas horas
 Algo aprendiste. Cuando tú, salvaje,
 No te entendías á ti mismo, y como
 El ente más brutal gruñir solias,
 Para expresar tus miras y deseos
 Te dí palabras. Mas tu vil origen,
 Aunque aprendiste, en sí guardaba siempre
 Algo que pechos de índole más noble
 Nunca sufrir pudieron. Por lo mismo
 Fuiste encerrado con fundada causa
 En esta roca, tú que has merecido
 Algo peor que riguroso encierro.

CAL. Tú me enseñaste á hablar, y mi ganancia
 Es que sé maldecir. ¡Maligna peste
 Te pague la enseñanza que me diste!

PRÓS. ¡Prole de bruja vil! Vé, tráenos leña;
 Y date prisa, te tendrá más cuenta:
 Te he menester para otro encargo. ¡Correl!
 ¡Te encoges de hombros, pérfido? Si omites,
 O haces de mala gana lo que mando,
 Tortura sabré darte con calambres;
 Te llenaré los huesos de dolores;
 Te haré bramar de suerte que á las fieras
 Hagan temblar tus gritos.

CAL. No; te ruego.

(Aparte.) Es fuerza obedecer; pues sus encantos
 Tan poderosos son, que domarian

A Sétebos, el númen de mi madre,
Trocándole en vasallo.

PRÓS. Véte, esclavo. (Vase Caliban.)

*Aparece ARIEL invisible, tocando y cantando,
síguete FERNANDO.*

CANCION DE ARIEL.

Venid á hollar la blanda arena, hermanos.

Hora juntaed las manos.

Besándoos luego en fraternal saludo,

(Ya calla el mar sañudo)

Triscad, triscad, y al son del cestrillo

Cantad en coro alegre el estribillo.

¡Oid! ¡oid!

(Voces esparcidas.) ¡Bau! ¡uau!

Ladra el mastin:

(Voces esparcidas.) ¡Bau! ¡uau!

¡Oid! Con voz sonora

El vigilante nuncio de la aurora

Grita: ¡quieriquí!

FER. ¡En dónde suena música tan grata?
¿Es en el aire ó en tierra? Ya no se oye:
Sin duda, sigue á un númen de esta isla.
Sentado en un escollo, y de mi padre,
El rey, la triste pérdida llorando,
Llegóse á mí por cima de las aguas,
Calmando su furor y mi tristeza
Con dulce melodía. La he seguido,
Ó me arrastró más bien de donde estaba.
Mas ya cesó. No, que de nuevo empieza.

ARIEL. (Canta.)

Tu padre en el mar hondo está escondido;

Sus huesos se trocaron en coral;

En perlas sus pupilas se han fundido;

Nada hay en el mortal,

*Fugaz y deleznable,
Que el mar no trueque en joya inestimable.*

A fúnebre oracion

Repican las sirenas.

(Coro.)

Din, dan, don.

Son ellas; sí, las oigo.

(Coro.)

Din, dan, don.

FER. Habla esa voz de mi difunto padre.
No es esta accion mortal, ni es de la tierra
Aquel sonido. Lo oigo en alto ahora.

PRÓS. (A Miranda.) Descorre las cortinas de tus ojos,
Y di qué ves allí.

MIR. ¿Qué es? ¿una sombra?

¿Cómo gira los ojos! Créeme, padre,
Que tiene noble aspecto; pero es sombra.

PRÓS. No tal, mi bien, pues come, duerme y tiene
Sentidos cual nosotros. Ese mozo

Que ves, tambien estuvo en el naufragio;

Y si el pesar, de la beldad gorgojo,

No le afeara, con razon dijeras:

A fe que es lindo mozo. Va buscando

A sus amigos que perdidos llora.

MIR. Tal vez dijera que era un sér divino;

Pues cosa natural no vi tan noble.

PRÓS. (Aparte.) Veo que marcha como quiere el alma.

Ariel, hermoso espíritu, por esto

Libre estarás al cabo de dos dias.

FER. Sin duda, es la deidad por quien trinaron

Aquellas notas. Permitid que sepa

Mi ruego, si morais en esta isla;

Y á bien tened de darme algun informe

Que de gobierno aquí servirme pueda.

Mi ruego principal, aunque el postrero,

Es ¡oh portento! ¿sois ó no doncella?

MIR. Ningun portento, mas doncella, os juro.

FER. ¡Mi lengua! ¡cielos! Soy de cuantos la hablan

El más augusto, si estuviera ahora

En donde se habla.

PRÓS. ¿Cómo el más augusto?
¿Qué fueras si el de Nápoles te oyera?

FER. Un sér cual soy ahora, que se admira
De oírte hablar de Nápoles. Él me oye:
Por eso lloro. Nápoles te habla.
Yo ví con estos ojos, desde entónces
Nunca en menguante, hundirse al rey, mi padre.

MIR. ¡Ay! ¡qué dolor!

FER. Si, á fe: con él se hundieron
Sus grandes todos; de Milan el duque
Y su hijo noble el número aumentaron.

PRÓS. (Aparte.) El duque de Milan y su más noble
Hija pudieran refutar tu aserto,
Si fuera la ocasion. Trocaron de ojos
A la primer mirada. ¡Ariel querido,
Te he de librar por esto! (Alto.) Buen hidalgo,
Oid una palabra. Mucho temo
Que os engañeis en eso. Una palabra.

MIR. ¿Por qué habla tan colérico mi padre?
Este es el tercer hombre en quien los ojos
Puse jamás; sin duda es el primero
Que me arrancó un suspiro. Que á mi padre
Incline la piedad de parte mia.

FER. Si virgen sois, y libre vuestro afecto,
Reina os haré de Nápoles.

PRÓS. ¡Eh! ¡paso!
¡Paso, galan! Oid, otra palabra.
(Aparte.) Prendado cada cual está del otro.
Es fuerza entorpecer accion tan pronta;
No sea que valor al premio quite
Tan fácil triunfo. (Alto.) Hidalgo, otra palabra.
Te mando que me sigas; pues usurpas
Mi nombre que no es tuyo, y como espía
Bajaste á esta isla con intento
De desposeerme á mí, que soy su dueño.

FER. No, por mi honor lo juro.

MIR. Es imposible

Que templo tal albergue nada malo.
Si tiene la maldad tan bella casa,
Séres de bien querrán vivir con ella.

PRÓS. (A Fer.) Sígueme. (A Mir.) No hables tú por él:
[te digo

Que es un traidor. Partamos. Piés con cuello
Te amarraré; por única bebida
Agua de mar tendrás, por todo pasto
Almejas del arroyo, mustias yerbas,
Y cáscaras amargas que sirvieron
De cuna á la bellota. Sigue.

FER. Nunca.

Rechazo trato tal, miétras no logre
Rendirme mi enemigo. (Tira de la espada y queda inmóvil.)

MIR. ¡Padre mio!
¡No le sometas á tan dura prueba,
Que es dócil, no temible.

PRÓS. (A Miranda.) ¡Qué se entiende?
¡Querrá mandar el huevo á la gallina?

(A Fer.) Traidor, tu espada envaina. Harás alarde,
Mas no osarás herir. ¡Fuera de guardia!
Te puedo desarmar con esta vara,
Y tu acero rendir.

MIR. Te ruego, padre...

PRÓS. ¡Quítate! ¡no te cuelgues de mi manto!

MIR. ¡Ay! ¡ten piedad! ¡respondo de él!

PRÓS. ¡Silencio!

Un dicho más me obligará á reñirte,
Cuándo no á odiarte. ¡Cómo! ¡En abogada
De un impostor te truecas? ¡Calla! Piensas,
Sin duda, que no hay forma que compita
En garbo con la de él, ¡Ay, niña ilusa!
Éste con otros hombres comparado
No es más que un Caliban; y los más de ellos
Angeles á su lado.

MIR. Pues entónces,
Humildes son mis gustos: no ambiciono
Ver á otro más galan.

PRÓS. (A Fernando.) Ven; obedece.
 En infantil estado están tus nervios,
 Sin fuerza alguna.

FER. Es cierto, sin ninguna:
 Como en un sueño mis potencias todas
 Están, al parecer, encadenadas.
 La muerte de mi padre, mi impotencia,
 El triste fin de todos mi amigos,
 Las amenazas de este crudo, á cuya
 Merced estoy, sin queja soportara,
 Si ver pudiera el rostro de esta vírgen
 Desde mi cárcel una vez al día.
 Haga la libertad lo que quisiere
 De los demas rincones de la tierra;
 Ancha me fuera cárcel semejante.

PRÓS. (Ap.) Mi ardid empieza á obrar.—(A Fer.) Ve-
 [nid, partamos.
 ¡Cumpliste como bueno, Ariel! (A Fer. y Mir.) Se-
 [guidme.

(A Ariel.) Oye lo que has de hacer.

MIR. (A Fernando.) Cobrad aliento.
 Mi padre no es tan duro cual le pinta
 Su propia lengua: lo que dijo ha poco
 Es cosa extraña en él.

PRÓS. (Aparte á Ariel.) Serás más libre
 Que el viento en las alturas. Pero es fuerza
 Que cumplas mi mandato; nada omitas.

ARI. Ni un punto.

PRÓS. (A Fer. y Mir.) Ven. No hables por él. Seguidme.

(Vánse.)
